

BREVE HISTORIA DEL JAPÓN FEUDAL

Rubén Almarza González



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia del Japón feudal*

Autor: © Rubén Almarza González

Director de colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2018 Ediciones Nowtilus, S. L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Imagen de portada: *A group of officers in the service of a prince from the north of Japan* de Felice Beato y Spencer Arnold

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-955-6

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-956-3

ISBN edición digital: 978-84-9967-957-0

Fecha de edición: mayo 2018

Impreso en España

Imprime: Podiprint

Depósito legal: M-11546-2018

Índice

Introducción: El país del sol naciente	13
Capítulo 1. Los años previos	
a los Gobiernos militares: el Estado Yamato	23
La prehistoria	24
El período Yayoi	29
El período Kofun (250-592)	
y el período Asuka (592-710)	38
El período Nara (710-784)	45
Conclusiones	49
Capítulo 2. La era Heian	
y el surgimiento de la clase samurái	53
La creación de una nueva capital	54
Los Fujiwara	58

El declive de los Fujiwara	61
Política y economía en el período Heian	64
El auge de las sectas budistas	66
El auge de la clase samurái	69
Cultura y literatura	74
El arte	79
Conclusiones	81
Capítulo 3. El final del período Heian.	
La guerra Genpei	85
Antecedentes a la guerra	87
La situación de los Minamoto	90
Los Minamoto entran en acción	92
Los Taira comienzan a perder terreno	95
Conclusiones	98
Capítulo 4. El período Kamakura	101
Yoritomo se hace con el poder	102
Establecimiento del clan Hōjō	106
Política y Gobierno	108
Religión	111
Arte y cultura	113
Caída del <i>shōgunato</i> Kamakura	116
Conclusiones	119
Capítulo 5. Kublai Khan pone el ojo	
en el Pacífico: las invasiones mongolas	121
Los mongoles y su sistema de Gobierno	123
El intento de 1274	127
El intento de 1281	128
¿Un tercer intento?	130

Capítulo 6. El período Muromachi:	
el <i>shōgunato</i> Ashikaga	133
El origen de la familia Ashikaga	134
Las Cortes alternas	136
Política y Gobierno	139
La problemática local	143
Cultura	144
Declive del <i>bakufu</i>	146
Conclusiones	148
Capítulo 7. Un siglo en guerra.	
El período Sengoku	151
La guerra Ōnin (1467-1477)	152
Auge de los <i>daimyōs</i>	154
Los conflictos armados	157
Llegan los portugueses a Japón	160
Crisis total en el Imperio	161
El fin del <i>bakufu</i>	162
Capítulo 8. La reunificación de Japón.	
El período Azuchi-Momoyama	165
Oda Nobunaga	166
Toyotomi Hideyoshi	171
El auténtico victorioso:	
Tokugawa Ieyasu	175
Toyotomi Hideyori	178
Arte y cultura: los castillos	180
Conclusiones	184
Capítulo 9. Japón intenta expandirse:	
la guerra Imjin	187
Situación de Japón antes de la guerra	189
La situación en China	190

La situación en Corea	191
Comienza el conflicto	192
Primeros intentos de paz	197
La segunda ofensiva	198
El fin de la guerra y el camino hacia la paz	201
Capítulo 10. ¿Qué hay de Europa?	
El creciente interés de Castilla, Portugal y Holanda por Oriente	207
La situación en Europa en el siglo xvi	208
La situación en Filipinas	212
La toma de Filipinas	213
Los primeros contactos con Japón	216
Los problemas a los que se enfrentó la evangelización	220
Hideyoshi exige pleitesía a Filipinas	224
El galeón <i>San Felipe</i> y los mártires de Nagasaki	225
La curiosidad de Tokugawa Ieyasu y el aislamiento de Iemitsu	226
Tras la marcha de las potencias ibéricas	230
Capítulo 11. Entran en escena los Tokugawa:	
el período Edo	235
El clan Tokugawa	236
Sistema de Gobierno	239
Política en el reino	242
Economía	248
Conclusiones	251
Capítulo 12. El período Edo:	
cultura y sociedad	253
La Corte imperial	254
La clase militar	256

El campesinado	258
Las clases urbanas	260
Los marginados	262
La movilidad social	263
La figura de la mujer en el Japón feudal: una visión de conjunto	264
Arte y cultura	268
Conclusiones	274
Capítulo 13. El fin de la sociedad feudal	277
El fin del período Edo	278
El redescubrimiento de Japón desde el exterior	283
Los últimos años del período Edo	287
La Restauración Meiji	291
Conclusiones	297
Epílogo. La vida sigue	301
Anexo	
Tabla de los períodos japoneses con sus emperadores correspondientes	309
Bibliografía	315

Introducción.

El país del sol naciente.

En 1868 comenzaron las relaciones diplomáticas entre España y Japón. Semejante hecho en la historia de un reino como el japonés, que había estado ajeno durante dos siglos y medio a la realidad del resto del mundo, podría parecer como algo positivo y digno de celebración, pero lo cierto es que el comienzo de los contactos con España se dio en el marco de unas negociaciones desiguales en las que España era una mera comparsa a la espera de que Estados Unidos, Reino Unido, Francia o Alemania le dejaran una porción del pastel. En resumen: eran unos tratados injustos, desiguales, que rompieron con la realidad cotidiana de un Japón que buscaba evitar a toda costa lo que estaba ocurriendo con su homólogo chino tras la primera guerra del Opio (1839-1842).

O dicho de otro modo: el *bakufu* (Gobierno militar que actuaba como regente del emperador y que controlaba

todos los ámbitos de la política nipona) entendía que, si bien no se podía seguir viviendo ajeno a lo que ocurría a su alrededor, la aceptación de la presencia extranjera en el reino podía ser controlada, paulatina y, por qué no, deseable a la hora de intentar modernizar un reino que había vivido demasiado tiempo aislado.

Este Tratado de amistad, comercio y navegación ajustado entre España y Japón, firmado en Kanagawa el 12 de noviembre de 1868 por el mismísimo Francisco Serrano (puede consultarse el documento en la web de la Biblioteca Nacional), estipulaba condiciones como la presencia de un embajador español permanente en Japón, con libertad de movimiento dentro del Imperio; la posibilidad de comerciar en aquellos puertos abiertos a las demás potencias (práctica que, como veremos, rompía el monopolio holandés sobre el comercio con Japón); el derecho de los futuros españoles residentes en el archipiélago a profesar su religión libremente o la obligación de que estos futuros emigrantes estuviesen adscritos a la judicatura española, o dicho de otro modo: serían las leyes españolas las que los juzgarían, no las niponas.

Pasar de un aislamiento cuasitotal a las condiciones señaladas, como cabe esperar, era un auténtico ultraje. Sería duro aceptarlas habiendo perdido una guerra, caso de China tras la primera guerra del Opio, pero sin haber sido derrotado, esto podía considerarse un insulto. Sin embargo, el *bakufu* firmó este y otros tantos tratados desventajosos para ellos, porque aún sin haber sido derrotados, al menos podían esperar a ser mirados de igual a igual en el panorama internacional. Se equivocaban, pero no tenían demasiadas alternativas de acción.

A pesar de esto Japón no deseaba este tratado ni ningún otro, pero los consideraba un mal necesario. No obstante, toda conmemoración que favorezca el intercambio cultural debe ser bienvenido y celebrado.

No se me ocurre, a su vez, mejor momento para acercar al lector esta *Breve historia del Japón feudal*, en la que podrá observar el proceso por el que ha pasado el archipiélago hasta finales del siglo xix. Como se verá en las próximas páginas, el país del sol naciente tuvo una salida tardía de su forma de Gobierno militar, pasando de una situación de medievalismo modernizado a una Revolución industrial feroz, a un imperialismo realmente exacerbado y a un nacionalismo intenso como pocos hubo en el siglo xx.

Aunque ¿podemos hablar de la historia de un país no europeo con términos eurocéntricos? Esta es una cuestión que aún es objeto de debate entre los entendidos. Y es que, si bien en Europa (con notorios matices entre los diferentes países) es fácil adscribir la historia a las cuatro etapas principales (es decir: Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna y Edad Contemporánea), esta situación es imposible de darse, por ejemplo, en zonas como la América Andina o la caribeña. No todo el planeta evolucionó de la misma manera, y la mayor parte del mismo tuvo que hacerlo a marchas forzadas, saltándose etapas y plegándose a los deseos de una metrópoli que decidía que el territorio explorado ahora era suyo. En ocasiones esa transición fue un hecho traumático del que quedaron secuelas.

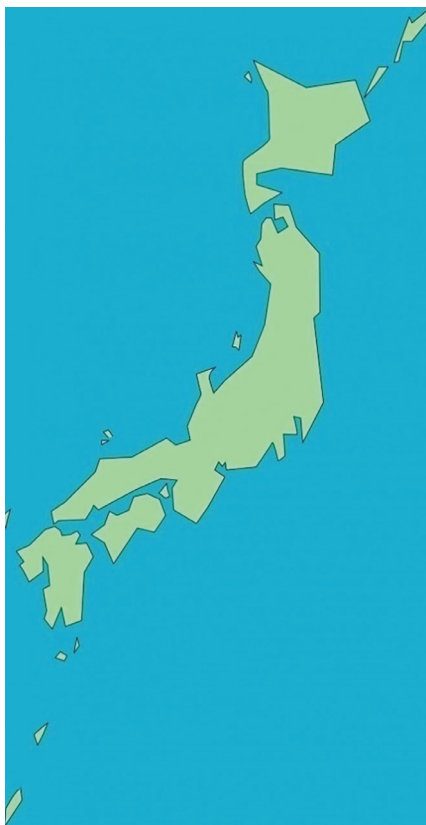
En el caso de Asia es más complejo, ya que la evolución de estos países responde a su propia realidad interna. En el caso que nos ocupa en este libro, veremos que Japón tuvo que enfrentarse a realidades y circunstancias concretas que en absoluto tendrán que ver con los acontecimientos acaecidos en China o Corea, cuya historia estuvo más ligada al encontrarse conectados territorialmente. China influenciará enormemente a Corea y esta lo hará sobre China, por lo que el intercambio cultural fue prácticamente continuo. No es así en el caso

de Japón que bebe de las influencias chinas y coreanas, pero estas no son continuadas en absoluto, lo que hace que el archipiélago desarrolle una cultura completamente ajena a la realidad del continente.

Esa situación única, lejos del continente como para ser invadida, pero lo suficientemente cerca como para no ser totalmente ajena, le llevó a que los intercambios culturales, lejos de ser fluidos, fuesen provechosos: Corea introduciría el caballo, China el budismo y la escritura, Portugal las armas de fuego y Países Bajos los libros de ciencia europeos, por poner cuatro ejemplos fáciles. Cuando el comodoro Perry consiguió que Japón firmase su primer tratado desigual con Estados Unidos, el Gobierno japonés lo hizo en legítima defensa y tremendamente dolido en el orgullo, al ver que una potencia nueva como Estados Unidos estaba notablemente más avanzada que ellos. Firmando estos acuerdos ganaba tiempo para conocer su entorno y para intentar ponerse al día. Dicho de otro modo: quemó etapas de una manera realmente rápida y consiguió evitar que el daño fuese mayor comprando un poco de tiempo.

Atendamos a la realidad geográfica de Japón antes de seguir: este se compone de cuatro islas principales y de otras tres mil pequeñas, entre las que se cuentan Mairuppo y Okinawa. Las islas principales son Hokkaido, al norte; Hōnshu en el centro, la más grande de todas; Shikoku, la más pequeña, al sureste de Hōnshu; y Kyūshū, la isla principal más al sur, que cuenta con ciudades como Nagasaki. Estas islas forman una especie de arco que protege a las dos Coreas y a la parte más oriental de Rusia de la virulencia de las aguas. Por su situación con respecto al mar, el pescado es uno de sus pocos recursos naturales, a excepción de minas de plata y bosques de los que extraer madera.

Mapa mudo de
Japón, en el que
se ven las cuatro
islas principales:
Kyūshū, al sur;
Shikoku, la más
pequeña; Hōnshu,
en el centro y
Hokkaido, al norte



Tenemos que indicar que el 73 % del terreno japonés es montañoso, lo que hace que las zonas habitadas tengan una densidad de población tan grande que lleva a que, por ejemplo, Tokio sea una de las ciudades con mayor cantidad de habitantes del planeta. Esto hace, además, que todas las laderas o colinas sean aprovechadas para el cultivo, y esta falta de suelo habitable fue una

de las posibles causas por las que, en el siglo xix y en la primera mitad del xx, Japón se lanzase a conquistar suelo vecino, como Corea o Taiwán. Su constitución insular, que además actúa como barrera continental con respecto al océano pacífico, lleva a que los terremotos y los tsunamis ataquen con especial virulencia al archipiélago. Lo que acentúa la situación, además, es que Japón sea una zona con actividad volcánica. Para que entendamos que las catástrofes naturales son sustancialmente más importantes que en España, podríamos mencionar que el volcán más activo del archipiélago, el Asama, se encuentra a tan solo cien kilómetros de Tokio.

En lo que a clima se refiere, se puede afirmar que es realmente variado, debido a las latitudes en las que se encuentran las islas. Por ejemplo, Hokkaido cuenta con un verano intenso y un invierno especialmente frío, mientras que existen zonas que, por la enorme cantidad de humedad que albergan, tienen climas que incluso podrían ser considerados tropicales.

Como se puede imaginar, un país como Japón no se mantuvo tal y como lo conocemos hoy en el tiempo. O, dicho de otro modo, no siempre contó con su extensión actual. En Japón, y prácticamente en cualquier país del planeta, el proceso fue similar. El país nació en las islas más sureñas y se extendió hacia el norte, y en el siglo xix dio el salto a la plataforma continental. En la actualidad, Japón es solo una entidad insular, pero no siempre fue así, y en absoluto podemos otorgar al nacionalismo del siglo xix la idea de expandir sus fronteras. En este libro veremos un intento de expansión por Corea. Pero al plantear un estudio de un país tan lejano y del cual el lector medio cuenta con tan poca y disgregada información, uno se pregunta: ¿cómo puede abordarse un estudio de estas características?

Para ello, ha sido imprescindible apoyarse en títulos universitarios tanto en castellano como en inglés. Lo cierto es que es dentro de las editoriales universitarias donde se publica un mayor número de novedades académicas, por lo que buena parte de la bibliografía de este libro se alimenta de ellas. Pero también se ha acudido a clásicos, como la *Cambridge History of Japan*, un compendio de autores reunidos en una enciclopedia de varios tomos imprescindible para entender la historia nipona. También atendemos a autores de habla no inglesa o castellana pero que han sido traducidos, como Moon Hyang Kyung, Mikiso Hane o Jacques Gernet. En lo que a bibliografía española se refiere, hemos consultado a autores clásicos como Antonio Cabezas o Carlos Rubio, pero también a autores más actuales, como Jonathan López-Vera, Oriol Junqueras o Irene Seco. No solo de monografías se ha compuesto la bibliografía, sino que también ha constado de revistas universitarias o de fuentes primarias en castellano.

La historiografía de los países vecinos ha sido fundamental para entender determinadas etapas, por lo que se ha recurrido a sinólogos y a historiadores especializados en Corea. Entiendo que, para comprender todas las caras de un problema, es fundamental escuchar a todas las partes, y en este caso se ha querido apartar en parte de la visión de los autores especializados en Japón para escuchar voces alternativas que, bajo su criterio, podía enriquecer al lector. En las próximas palabras se encontrarán multitud de matices, de explicaciones y de redundancias en pos de facilitar la comprensión del conjunto. Cuando se vierta una opinión se indicará, y cuando la idea sea de otros autores, se indicará también.

En cuanto al modo de citación de las palabras japonesas, se ha empleado el sistema Hepburn a la hora de indicar vocales largas mediante un diacrítico, como en

Hōnshu, aunque se ha aceptado la españolización de algunas palabras de conocimiento amplio como Tokio o Kioto. Los pocos *kanjis* (unidad de escritura fonética procedente de china y utilizada en Japón) que se encuentran en el texto son a modo explicativo y con su pronunciación al lado.

Este libro no se ha podido escribir solo, y ha habido personas que han servido de guía, de apoyo y de referencia a la hora de escribir el libro que ahora tienen en sus manos. Esto no habría sido posible sin la confianza que la editorial Nowtilus ha depositado en mi persona, aconsejándome y ayudándome a pulir determinados detalles. Me gustaría acordarme de Ángel Martínez y de Beatriz Garrido, con cuya revista, *Artyhum*, pude publicar mis primeros artículos, así como de Agustín Haro, que me facilitó poder comenzar a publicar reseñas en Argentina en su *Revista Historia para todos*. No me quiero olvidar de María Jesús López Beltrán, quien me dio la posibilidad de escribir para un medio especializado en cultura japonesa como *Japan's Eye*, o de Noemí Trujillo, editora y escritora que me ha manifestado continuamente su apoyo y sus ganas de leer esta monografía. Evidentemente, mi familia ha tenido un papel fundamental en la elaboración con su apoyo y comprensión, así como amigos, pareja y compañeros de trabajo.

En las siguientes páginas uno podrá encontrar un relato de los hechos ocurridos, que pueda servir para introducir al lector en la historia de un país que, si bien fue compleja como la de cualquier otro, no deja de ser hermosa y digna de estudio. Los acontecimientos aquí narrados ocurrieron y sus personajes existieron, por lo que he prescindido de elementos románticos o ilusorios y he preferido ceñirme a los hechos de la manera más objetiva que he podido, mencionando sus luces, pero también sus sombras; sus momentos de gloria, a la vez

que sus horas más bajas. En definitiva, he intentado hacer comprender una realidad completamente ajena al ojo occidental. Si me acompañan en este viaje por el tiempo, estarán ante un libro escrito con mimo y con tesón, con el que espero que disfruten y les anime a explorar por ustedes mismos los entresijos de la maravillosa nación que es hoy Japón.

1

Los años previos a los Gobiernos militares: el Estado Yamato

Antes de comenzar a hablar del período Heian, se deben hacer unas cuantas consideraciones previas de la historia de Japón, pues, como es de esperar, esta influyó sobremanera al devenir posterior del archipiélago. Por ello, debemos tener en cuenta que, aunque nos centremos en un período concreto y vayamos a tratarlo de forma estanca, no debemos olvidar que los siglos que se van a estudiar a continuación son herederos directos de su pasado, y que la gran mayoría de las decisiones que se tomen posteriormente habrán sido gravemente influenciadas por el bagaje que el pueblo japonés carga a sus espaldas.

Los orígenes del pueblo japonés son, como en prácticamente cualquier civilización del planeta, inciertos o inexactos. Si bien hay diferencias entre los historiadores a la hora de poner una fecha como punto de partida, suele

coincidirse, *grosso modo*, en que los primeros pobladores fueron nómadas que pudieron entrar en el archipiélago desde Corea. Su procedencia es objeto de discusión: historiadores japoneses como Hane defienden que la entrada al archipiélago fue llevada a cabo en primera instancia por grupos tribales en diferentes tandas —siendo una de ellas la de los ainu, en la isla de Hokkaido, de los que hablaremos más adelante—, y que su procedencia pudiera ser el noreste asiático o desde China y el sudeste asiático. Más consensuada parece la teoría de que los mongoles utilizaron la vía peninsular para facilitar su entrada en las islas. Es lógico, por tanto, que, si bien más adelante fueron chinos y coreanos quienes se integraron en el territorio, su lengua no esté completamente influenciada por el mandarín, sino que pueda haber vínculos con lenguas polinesias. No obstante, es posible afirmar que los restos humanos más antiguos encontrados en el archipiélago datan de hace treinta y tres mil años aproximadamente, aunque los primeros restos de vida homínida se remontan a los setecientos mil años antes de nuestra era.

LA PREHISTORIA

El Paleolítico japonés destaca por las oleadas de población del exterior que entraron en el territorio, en una etapa en la que las islas debieron ser territorio inhóspito, debido a la glaciación que había en el globo. Debemos atender al hecho de que en Japón exista una enorme cantidad de fosas volcánicas, que en este período debieron de soltar ceniza a la atmósfera, cubriendo los cielos e impidiendo que llegase la luz del sol, lo que reduciría la temperatura y favorecería una glaciación ya de por sí fuerte en todo el planeta. De estas glaciaciones podemos deducir que hubo conexión del continente asiático con

Japón por tres vías: por Sajalín, isla al norte de Hokkaido, actualmente territorio ruso; Tsushima, al oeste, por lo que se deduce que el puente de tierra estuviese conectado con la península coreana; y en la cadena de islas Ryūkyū en el sur.

Estas dos últimas vías parecen las más plausibles a la hora de determinar una entrada para los nómadas. La vía de Sajalín, separada de Hokkaido por el estrecho de La Perousse, de tan solo sesenta metros de profundidad, pudo ser la última alternativa, cuando los otros dos puentes colapsaron por la desglaciación y por la inundación del océano Pacífico del mar del Sur de China en primer lugar, y del estrecho de Tsushima después. Este estrecho, por cierto, separa actualmente Corea y Japón. Sin embargo, aunque la vía de Sajalín haya sido descartada a la hora de hablar de una primera entrada en el archipiélago, no explicaría que los ainu, ubicados en Hokkaido, tuviesen rasgos diferentes al resto de habitantes de las islas. Estos pobladores de la ínsula más al norte tendrían una fisonomía más parecida a la de los habitantes de Mongolia o Manchuria, que contrastan con la del resto del archipiélago, más semejante a la china. Tampoco explicaría la enorme variedad de influencias que tiene la lengua japonesa, pasando por el chino, el coreano o el mongol.

El comienzo del Mesolítico es relativamente contemporáneo a las fechas que se manejan en Asia Central y Europa, encontrándose restos que datan del 8000 a. C. Debido a su condición aislada con respecto al continente, los historiadores afirman que el Mesolítico fue realmente prolongado. Etimológicamente, su nombre nos indica que es el período entre la piedra antigua (Paleolítico) y la piedra nueva (Neolítico). El período abarca desde el fin de la glaciación hasta el comienzo de la agricultura. Es decir: abarca los últimos años de

las sociedades cazadoras-recolectoras para dar paso a las agricultoras y ganaderas, que acabaron asentándose en un espacio y dejaron de ser nómadas.

Esta etapa se corresponde con una época de muchos cambios en un espacio relativamente corto de tiempo: las temperaturas aumentaron considerablemente, lo que dio fin a la glaciación anterior, y aumentó de esta manera el nivel del mar. Esto llevó a que se formasen playas y marismas de baja profundidad que permitieron la recolección de crustáceos y el comienzo de la especialización en la pesca. Con ello, el ecosistema cambió de forma notable, favoreció la recolección de frutos y permitió a los seres humanos salir de sus cuevas para poder construir las primeras cabañas. Sin embargo, este cambio brusco en el ambiente impidió a muchas especies aclimatarse a la nueva situación, caso del elefante Akebono, y llevó a la extinción de múltiples especies, lo que obligó a los seres humanos a cambiar su alimentación en pos de aquellas especies que sí habían conseguido sobrevivir, caso del ciervo japonés, o en perjuicio de otras que estaban comenzando a nacer.

Los pueblos nómadas del período, recogidos bajo el término de cultura jōmon (cuyo nombre se debe al uso de una alfarería llamada de igual manera), se dedicaban a la caza y a la pesca, así como a la recolección y almacenaje de alimentos. No obstante, a pesar de que estos pueblos se podrían remontar según hallazgos recientes al 14500 a. C., se sabe que desde el 6000 a. C. practicaban una agricultura primitiva basada en cereales. Es decir: durante ocho mil años la forma de subsistencia por antonomasia fue la de cazador-recolector, y aún quedaría mucho camino por recorrer para abandonar esa forma de vida. Tres mil años antes, en Oriente Próximo, los pueblos comenzaron a tomar una vida sedentaria en torno a la ganadería y la agricultura, y comenzaron a darse asentamientos de



La cerámica jōmon se caracterizó por el cardado como elemento decorativo y por formas onduladas realmente interesantes

gran magnitud que llevarán a la fundación de ciudades como Jericó y otros asentamientos en Palestina, Siria o los montes Zagros. Para el 6500 a. C. se fundó Çatal Huyuk en Anatolia, lo que nos sirve para entender que, mientras que en el Creciente Fértil (región compuesta por Mesopotamia, Egipto y la zona de Palestina y Siria) se estaba asistiendo a la creación de las primeras ciudades, en Japón aún se estaba lejos de llegar a eso.

Esta cultura jōmon se extendería desde Hokkaido hasta Okinawa, y su cerámica sería la más antigua del mundo. Su característica principal fue en relación con

las marcas de cuerdas en sus recipientes. Irene Seco apunta acertadamente que, mientras que en el resto del mundo la agricultura y la cerámica fueron estrechamente ligadas de la mano, en Japón esta artesanía vino mucho antes que la instauración del cultivo como práctica de subsistencia. Y si bien las armas de estos primeros habitantes eran rudimentarias piezas de piedra, en el caso de la cerámica podríamos hablar de cierta sofisticación y complejidad en las formas y en la decoración.

Los restos de los asentamientos de estas poblaciones de los que tenemos constancia se encuentran en la costa y en las riberas de los ríos, lo que nos hace pensar en la importancia de la pesca y de la recolección de moluscos y crustáceos para su alimentación. Es habitual encontrar concheros en las cercanías de los poblados, y la estratigrafía nos muestra restos de peces como los besugos, animales de aguas profundas, lo que lleva a pensar a historiadores como Junqueras que estos pueblos pudieron tener técnicas sofisticadas de pesca. También pescaron salmones y moluscos típicos de agua dulce.

En realidad, el nivel del mar no se encontraba como en la actualidad, por lo que es posible que estos seres humanos tuviesen acceso a zonas más accesibles para la pesca de estos animales. Es habitual encontrar pecios en las costas situadas al sur de Japón y de las islas Kyūshū, siendo el de Yonaguni el más significativo. No obstante, es posible que esta sofisticación en la pesca o la dependencia de la recolección de frutos y moluscos favoreciese la sedentarización. La mejor alimentación de estas personas con respecto a sus homólogos europeos llevaría a una reducción de los períodos de descanso entre alumbramientos, lo que llevó a un aumento de la población considerable, (veinte mil personas en algunos de ellos).

La adaptación al medio por parte de estas personas favoreció que hubiese movimientos migratorios por diferentes razones. En el Jōmon tardío se dio un fenómeno migratorio desde el centro al sur del archipiélago, posiblemente por el endurecimiento del clima. Esto explicaría la extensión de la cerámica de cuerdas anteriormente comentada desde Kanto hasta las Kyūshū. Lo cierto es que en los casi once mil años que duró esta cultura, las formas de hacer las cosas no fue uniforme. Se pasó de las herramientas de piedra a los cuchillos y más adelante a las hachas, y es en estos años cuando comenzaron a crear casas, comúnmente subterráneas con un techo de paja. Esta mejora de la tecnología llevó a que no se marcara el final de esta cultura en el Neolítico, sino alrededor del 2000 a. C., cuando estábamos asistiendo al período tardío de Jōmon. Y tampoco podemos afirmar que, cuando esta desapareció (ya que la cultura yayoi nació de forma espontánea, como en prácticamente todos los procesos históricos, estos ocurrieron de forma fluida y no estanca), no coexistiera ya con la cultura yayoi en el sur, aunque fuese por poco tiempo.

EL PERÍODO YAYOI

No fue hasta el período Yayoi (500 a. C.-300 d. C.) cuando apareció el cultivo de arroz en forma de arrozales, introducido desde China o desde el sudeste asiático. Todas las civilizaciones que medraron y que aumentaron exponencialmente su población lo hicieron, en parte, por incorporar cereales a su alimentación, debido a su alta carga calórica. Y el perfeccionamiento del cultivo de arroz vino dado por un efecto dominó: después de la unificación de China en el año 211 a. C., sucedida tras la tumultuosa etapa de los reinos combatientes (que duró

aproximadamente siete siglos y que consistió en siete zonas de influencia disputándose la hegemonía sobre las demás, saliendo victoriosos los Qin), los emperadores de la dinastía Qin se lanzaron a presionar a sus vecinos más próximos, entre los que se incluía Corea. Así pues, esto supuso la emigración de enorme cantidad de pobladores coreanos a la zona de Kyūshū, donde introdujeron sus técnicas de cultivo y trajeron con ellos modos y formas que desembocarían, con la fusión de lo autóctono de Japón, en una nueva cultura, la yayoi. Esta se conoce primordialmente por su cerámica, más simple en su decoración a la del período Jōmon. Pero es en este momento cuando comenzaron a extenderse la domesticación del caballo y de la vaca, la fundición del hierro y el uso del torno para la cerámica.

El origen de los yayoi es discutido. Actualmente la teoría más aceptada es la de que la mayor parte de estas mejoras técnicas fueron importadas desde Corea, por emigrantes con una fisonomía diferente, debido al cambio de dieta y de estilo de vida, más sedentario y que buscaban asentarse en el archipiélago. Sin embargo, esto contradice a la historiografía clásica japonesa, que aduce que la cultura yayoi es exclusivamente autóctona, o como una irrupción de jinetes procedentes de Asia Central. De hecho, lo más aceptado es que el caballo fue incluido de forma masiva durante el período Yamato. Sin embargo, esta teoría está prácticamente descartada, dado que no explica cómo llegaron a Japón ni justifica el parecido de los japoneses con el pueblo chino o coreano.

Sin embargo, sí que sabemos dónde se desarrolló esencialmente. Ubicados sus restos en el norte de Kyushu, Aomori y Kanto (donde se ubica el yacimiento que da nombre a la cultura yayoi, cerca de Tokio) y posteriormente en Hokkaido, este será el primer período en el que se haga uso del metal, abarcando desde espadas

de bronce hasta espejos usados en ritos religiosos o herramientas agrícolas. El asentamiento en Hokkaido pasó por un período de aculturación de la isla en el que se ocupó y se sustituyó a la población autóctona ainu de forma violenta en ocasiones. Actualmente quedan pocos vestigios de la cultura ainu, que se basa en el respeto a la naturaleza, sin embargo, podría haber influido en la cultura de la sociedad contemporánea. Se calcula que aún quedan ciento cincuenta mil miembros de esta etnia, aunque son datos poco fiables, dado que hay quien prefiere ocultar su procedencia.

Fue en este período, con la división del trabajo entre los miembros de las sociedades, cuando se comenzó a ver un intento de estratificación social y se establecieron clases dominantes con súbditos, e incluso cacicazgos. Es importante que tengamos esta idea en mente, ya que el período feudal adoptó, salvando las distancias, esta manera de organización social. La cual, por otro lado, también se estaba dando paralelamente en Europa y Asia, y fue la base de la sociedad estamental posterior. En los registros estratigráficos encontramos cementerios, unas tumbas más grandes y sofisticadas que otras, y en los ajuares se puede ver objetos suntuarios como espejos o conchas, así como otros importados del continente asiático. El enterramiento se hizo de forma más desarrollada que en el período Jōmon, donde encontramos túmulos o formas de enterramiento similares en lugares separados por enormes distancias.

Los dos grandes centros de población en esta era fueron Kyūshū (como por ejemplo Sugu o Mukimo), al sur, y Yamato (por ejemplo Santonodai), en el centro de Japón, próximo a la actual Kioto. Autores como Hane consideran que las incursiones coreanas fueron especialmente continuadas a finales del período, lo que aumentó su área de influencia en el archipiélago. Estos

emigrantes no fueron considerados como tales, sino como un pueblo análogo con el que se mezclaron. Esta entrada paulatina de población coreana (especialmente a partir del 300 a. C. en el norte de Kyūshū) y china, desde el sur hacia el centro, continuaría hasta los siglos VI y VII. Sin embargo, la expansión de esta cultura se encontró con problemas variopintos. En primer lugar, a pesar de que en China la agricultura se practicaba desde hacía siete mil años, y que en Corea estaba asentada desde hacía dos mil quinientos, en Japón el clima era mucho más frío, lo que impedía el cultivo del arroz irrigado, especialmente al norte del archipiélago, a pesar de que en el sur fuese un factor determinante, por lo que en Hokkaido o Tohoku se optó por la recolección de frutos secos. Por tanto, en el norte la cultura jōmon persistió mientras que en el centro y sur la yayoi cobró una enorme fuerza que le llevaría a la posterior expansión anteriormente mencionada. De hecho, llegarían a coexistir ambas culturas, y así encontramos asentamientos en los que vemos casas de una y de otra mezcladas entre sí. Se debe incidir en que estas poblaciones que se adentraban en el archipiélago, al dominar el cultivo de arroz de regadío y al tener una alimentación mejor y variada, acabaron procreando a un nivel mayor en volumen a lo que los habitantes del norte estaban acostumbrados, por lo que la densidad demográfica se disparó en un período relativamente breve de tiempo (alrededor de setenta veces en un período de setecientos años posterior al comienzo de la cultura yayoi).

El norte de Kyūshū pudo gozar de una enorme densidad poblacional, donde esta cultura se desarrolló de forma más extendida. El lugar se encuentra, según la mitología sintoísta, protegido por la diosa del sol y de la fertilidad Amaterasu, de quien se cree que desciende el pueblo japonés. El relato cuenta que, mientras que



La diosa del sol Amaterasu emerge de una cueva, de Utagawa Toyokuni. Aquí se muestra a la diosa principal del panteón nipón con formas que recuerdan al arte secular cristiano.

Amaterasu protegía los campos de arroz, Susanoo, dios del mar y de la tormenta, y además hermano de Amaterasu, buscaba anegar los campos, llegando a asesinar a Ogetsu-hime, que ofrecía cereales para la subsistencia de los humanos. Este relato, que en detalle vendría a justificar los ciclos de regadío del cultivo, sirve para ilustrar el proceso de neolitización que se estaba llevando a cabo en la sociedad de la zona. Amaterasu se acabaría imponiendo a Susanoo (que protegía a Izumo, en la isla de Shimane, actual región de Chugoku) debido a que este último no entendió el valor de los cereales. O dicho de otro modo: las sociedades que desarrollasen la industrialización neolítica y adaptase mejor los campos a su entorno se impondrían sobre aquellos que se negasen a aceptar los cambios, posiblemente por la vía militar que permitiría comenzar un proceso de unificación política que se justificaría con argumentos religiosos.

Así sería como la cultura yayoi comenzaría a extenderse hacia el norte, que serviría de base para legitimar, como

veremos un poco más adelante, la figura del emperador como referente religioso y político. Cabe destacar que el sintoísmo, religión autóctona de Japón, y de la que surge el relato mitológico de Japón, es diferente a lo que en Occidente estamos acostumbrados a entender por religión. Carece de escrituras oficiales, por lo que todo lo que sabemos sobre los ritos y creencias lo conocemos por fuentes mandadas escribir por emperadores a partir del siglo VIII o por relatos regionales. Los estudios posteriores que se han hecho sobre el sintoísmo tienen su base en estas fuentes que únicamente tienen como objetivo legitimar una figura de autoridad. Además, el sintoísmo carece de una figura máxima a la que rendir culto, como pudiera ser Jehová, Alá o Sidharta Gautama. Por el contrario, todo lo que nos rodea es susceptible de tener un kami (cuya traducción es ambigua y dependiendo del contexto deriva en Dios o en espíritu), por lo que todo es susceptible de ser recordado.

Pero, como es de esperar, junto a este desarrollo cultural y económico se produjo a su vez una mejora en el ámbito militar. Hemos atisbado ese cambio en el orden poblacional, pasando a una estratificación que con el tiempo se volverá más compleja. En la cúspide de la sociedad se encontraban aquellos individuos capaces de defender a los suyos, aquellos que podían garantizar la seguridad del resto, y será por ello por lo que la clase militar tendrá tanto peso en el período feudal japonés. El arma principal del período fue el arco, lo que daba una gran ventaja al disparar a objetivos lejanos. Sin embargo, habría que hacerse una pregunta: ¿a quién atacaban al sentirse amenazados? O, afinando un poco el planteamiento, ¿de quién tenían que defenderse? Efectivamente, la cultura yayoi no fue un protoestado ni mucho menos, aunque se estuviesen dando pasos para el mismo, sino un conjunto de agrupaciones poblacionales que se regían

por los mismos hábitos y costumbres, que guerreaban entre ellos por el control de las mejores zonas y que no tenían reparos en utilizar las armas si era necesario.

En cuanto a los registros estratigráficos, nos encontramos con los primeros restos de campamentos fortificados en Kyūshū y en las llanuras de Kanto. Podríamos asumir que lo que no consiguió el arroz y otros cereales para la expansión de estas sociedades sedentarias y neolíticas, lo conseguirían las armas. Visto de otro modo, aduciendo el acuerdo tácito para preservar el linaje de Amaterasu, podríamos entender que la cultura septentrional de Kyūshū llegaba a pactos con sus iguales para absorberlos o para unirlos a su causa, pero que no siempre fue por la vía pacífica. Estas diferencias entre poblaciones se acentúan si tenemos en cuenta que Japón entró en el Neolítico de forma tardía pero intensa, con el uso de armas de hierro y bronce en el sur y el centro mientras que en el norte se utilizaban utensilios de piedra. Es posible, por tanto, que las armas jugasen un papel importante en la protoestatalización de Japón y en la estratificación de la sociedad. El uso de los metales, como ya se ha comentado, iría adquiriendo un enorme valor ritual y decorativo, así como para la acuñación de moneda, especialmente en el caso del bronce, mientras que el metal se destinaría a aparejos de labranza y se extendería su uso para las armas.

En cambio, no contamos con restos de escritura, ya que no contaban con un sistema propio. Es en los siglos v y vi, influenciados de manera enorme por China culturalmente, cuando encontramos datados los primeros restos escritos, aunque en diferentes tratados chinos se mencione a Japón alrededor del 300 a. C., que indican que Japón, en estos primeros siglos de nuestra era, atravesó conflictos armados en un territorio compuesto por cien microestados, algunos de ellos vasallos de la



Imagen que
representa al
emperador Jinmu,
hecha por Ginko
Adachi en el año
1891 para su
Nihonki

propia China. Estamos ante una interpretación que puede ser sesgada, pero que no deja de mostrarnos un antecedente de lo que veríamos más adelante durante el período Sengoku, en el que el poder central era una comparsa a merced de multitud de caudillos locales que hacían y deshacían a su antojo en sus territorios. Sin embargo, no encontramos indicios de injerencia política china en ese momento, por lo que su presencia podría reducirse a embajadas comerciales o posibles embajadas

para extender su influencia al archipiélago sin demasiado éxito.

Sí que mencionan en estos textos a una reina llamada Himeko. A pesar de que no esté confirmado su nombre como cabeza de la estirpe imperial que llega a nuestros días, no es baladí el detalle, ya que hasta el auge de la clase militar, según varias tesis, Japón pudo ser una sociedad esencialmente matriarcal. Estas crónicas colocan a Himeko como soberana de un reino llamado Yamata o Yamato junto a su marido el emperador Jinmu. Y es a quien las crónicas posteriores atribuirían como la fundadora del Estado Yamato, para el cual no hay una limitación territorial marcada. Pudiera ser que este reconocimiento estuviese pensado para atribuir a una princesa la soberanía de una entidad política del mismo modo que se atribuye a Amaterasu el linaje del que descende el pueblo japonés, lo que la colocaría como la diosa más relevante del sintoísmo. Quizás esta solución contentase a todos los clanes del archipiélago que empezaban a formarse, dado que de esta forma podría entroncarse a la diosa con el jefe de cada clan bajo el título de okimi o gran señor, término que derivaría en tennō o emperador más adelante, viendo que, ya desde este período, la autoridad política y la religiosa se han agrupado en la misma persona.

No es insignificante el detalle de que los clanes aceptasen a uno como heredero directo de Amaterasu, que acabaría siendo el imperial: en el futuro, los más poderosos querrían entroncarse por la vía matrimonial con el linaje sagrado del emperador, y muchos de ellos se declararían familiares más o menos cercanos al mismo para legitimar su poder. Sería, a la larga, una estrategia política muy efectiva, aunque no exenta de riesgos, al ser complicada la demostración de la veracidad de dicha consanguinidad.